al presentarse la consorte del general al lado de las reales personas, á la primera se dieron los vivas que á las segundas correspondian, con grave ofensa de la dignidad real y quebrantamiento de la decencia. Conoció entonces ya su situacion la reina gobernadora, pero siéndole imposible volverse atras, hubo de proseguir su jornada teniendo que arros-trar los peligros que le deparaba la fortuna. Prosiguiendo hasta Cerve-ra, hubo de venir allí á la real presencia el duque de la Victoria. Las vistas entre la reina y su súbdito fueron desagradables, apareciendo el primero, no ya servidor sumiso ó caballero apasionado defensor de una dama, sino consejero desabrido y tan poco respetuoso, si no en la for-ma, en la sustancia de sus proposiciones, que estas sonaban á precep-tos. Insistió el general en que se variase el ministerio, en que no fuese del partido moderado el nuevo que se formase, y en que negase S. M. su sancion á la ley de ayuntamientos que su gobierno habia propuesto, la cual, despues de haber sido aprobada por el congreso, acababa de ser-lo por el senado. Añadió á estas otras propuestas, recomendando para ministros á algunas personas dueñas de escaso concepto por no suponér-selas con la capacidad necesaria para entrar en competencia con otros candidatos, notándose en el proceder del general que repetia una lec-cion estudiada, y le añadía cosas de su propia cosecha, acreditando su ignorancia en materias de Estado. Resistióse la reina gobernadora á quan-to se le proponia, mezclando en su negativa la firmeza con la dulzura y maña; no cediendo, pero tirando á convencer; y mostrándose deseosa de tratar de nuevo el mismo negocio, despues de meditarlo mejor, como debia hacerlo el general por su parte. Retiróse éste á su ejército, to-davía ocupado en completar la obra de la pacificacion, arrojando á Fran-cia las reliquias de los carlistas que aun no habian pasado la frontera. Las personas reales prosiguieron su viaje, y le terminaron llegando á Barcelona.

En aquella ciudad y en Cataluña gobernaba como capitan general D. Antonio Van-Halen, vuelto al mando despues de sus reveses en Ara-gon por influjo del duque de la Victoria, á quien se habia entregado del todo, y premiado con el título de conde de Peracamps, por haber al-canzado en el lugar de este nombre una ventaja de mediana considera-cion sobre las tropas del pretendiente. Tenia, pues, la reina por ene-miga á la autoridad superior militar del lugar en que por algun tiempo habia de seguir residiendo. No le era menos contrario el ayuntamiento barcelonés, compuesto de gentes de opiniones violentas. Por el contra-rio, la milicia nacional de la misma ciudad le era favorable, conservan-do el arreglo que le habia dado el baron de Meer, por donde prepon-deraban en ella los propietarios. La poblacion estaba dividida, siendo de la parcialidad moderada casi todas las personas de mas valer, y de la opuesta la clase mas numerosa; pero de tal manera equilibradas las fuer-zas, que los inferiores en número podian mas que sus adversarios. Por último, de las tropas que guarnecian la ciudad, una parte estaba en-tregada ciegamente á Espartero, no conociendo otra política que sus ór-denes, ni en el Estado otro interés ó respeto que los de su caudillo,